

tan erizada. Covadonga
es el impulso que nos lleva.

Hizo su llama en nuestra carne.
De Guadalupe está tan cerca
como el espíritu, del alma,
y el relicario de la gesta.

Somos espacio en carne viva...
Son torrenciales nuestras venas
para soñar y andar caminos
con una espada romancera.

¡Extremadura, Asturias!... Nervios
libres y agudos como flechas
para las dianas de la Historia;
¡para meter el sol en ella!

Un acusado igual os talla
con verticales de firmeza,
con sencillez cordial y prontos
de receloso ceño alerta.

Allá los cielos son tan altos
que alzan en vilo las arterias
hasta la gracia de la audacia.
Aquí la bruma se los niega,
y han de buscarlos mina adentro
al otro lado de la tierra.

Pero aquí tienen mar... Un hondo
cielo caído que caldea
con sus espumas agitadas
playas y rocas y conciencias.

Tú no lo tienes. Tus terrones
y tus encinas lo quisieran
ver a tus pies... Se contarían
—truenos y fuego—sus leyendas.

Tú no lo tienes. Te dejaron
entre montañas prisionera
para que bebas en tu espíritu
todo el hervor de tu grandeza.

Para que pulses tus silencios
donde las glorias se renuevan,
Extremadura. A tí sin mar
¡todos los mares te recuerdan!...

Asturias, Agosto de 1950.

MANUEL DELGADO FERNANDEZ

UN POETA DE LA MANCHA

JUAN ALCAIDE SANCHEZ

QUISIÉRAMOS tener aquí, sobre la mesa, como escogidas con pinzas, las palabras precisas que el «Aprendiz de hablista» va dejando sanas en nuestro diccionario, para poder decir, lisa y claramente, que este poeta de quien vamos a tratar no es de la Mancha por haber nacido en ella, aunque en ella haya nacido, sino porque lo es para su servicio, para dársele todo entero, apasionado y violento. Es el poeta de la Mancha porque, sin regatearle nada, a su servicio se ha puesto para hablar, por ella, al infinito.

EL ESCRITOR Y EL PAISAJE

Desde que los hombres del 98 se fijan en el paisaje para, llevándolo a sus escritos, enseñarlo a los demás, muchos son los escritores que han prestado atención a ese aspecto exterior de la Naturaleza.

Pero ¿existe el paisaje en la literatura? O, dicho de otro modo: el paisaje que en la literatura se nos da ¿es el verdadero? Poned a varios hombres en la cima de una colina, encaminando sus ojos hacia una misma anfractuosidad del terreno. Pedíles que os la describan, y os asombraréis de la desemejanza que en sus descripciones existe. Y, todavía, se os ofrecerá ocasión de observar lo siguiente: quizá aquella que menos se asemeje al paisaje sea la que más os subyugue, porque, tal vez, es la que más arte contiene. Porque así como no es mejor pintor el mejor retratista, sino el que más capta del estado psíquico del personaje retratado, así nos agradará más, no el paisaje que vemos, sino el paisaje que se nos sugiere. A todos nos gusta ser un poco creadores, y se nos proporciona una gran alegría cuando se nos pone en camino de completar un pensamiento, una frase, un motivo que nos permita imaginarnos capaces de dar vida a cualquier manifestación del espíritu.

El paisaje, pues, está ahí; pero no todos lo vemos. Hasta finales del siglo XIX, los hombres podían contemplarlo tranquilamente. Pero los Unamuno, los Azorín, los Baroja, que ya hacían sus viajes a una relativa velocidad, e intuían esta celeridad, esta inquietud, este atropellamiento de hoy, se dijeron: «Esto hay que fijarlo en alguna parte. De otro modo, día llegará en que no reparen en ello». Y se dieron a inventarlo. Esta es la palabra justa, que Laín emplea y con la que hay que estar de acuerdo. Porque si es verdad que el paisaje, imbricado sobre el accidente geológico, les da el motivo, cada uno hace el *suyo*. Más preciso y poético luego en Miró. Y más psicológicamente estudiado, años después, en Urabayan. Dos estilistas magníficos, si frecuentemente citado el primero, injustamente preterido el segundo.

Pero, con estos a que hemos aludido, por no hablar sino de los más significados, viene otro paisajista que, cosa rara, siendo el más poeta, es el que menos concesiones hace a la fantasía: Antonio Machado.

Y abren escuela para el siglo XX.

EL PAISAJE EN ALCAIDE

Quando todos éstos, allá por la primera década del siglo que al-borea, cobran nombre para la perpetuidad, cobra vida, en la muy heroica ciudad de Valdepeñas, Juan Alcaide Sánchez. Que estudia magisterio en los libros de texto y poesía en los de don Antonio. (Así le llamará él, entrañablemente). Luego recordará, queriendo actualizarse:

Se hará una cuna mi axila;
le dará el libro su sueño
cuando, en busca de jardines,
vaya a sorberme silencios
de mañanas con zozobras
de exámenes y deseos...

Y nace su primer libro, apenas maestro. Don Antonio en la portada: *Colmena y pozo*. Y mucho para don Antonio dentro. Pero... ¿eso todo? Es el año 1930. Un mimbre de bronce—acento del Sacro Monte en la voz, canto en la palabra—ha clavado algunos monolitos en el campo de la poética española: *Romancero gitano*, *Poema del cante jondo*... Es imposible sustraerse a su influencia. Ningún muchacho que empiece, y se estime, puede orillar estos puntos de referencia. Y, al amparo del título machadiano—luego, vuelta la hoja, como evocación y enseña, «Anoche, cuando dormía»...—Alcaide, bifurcado, escribe:

... Falsilla de cobre el haza
recién rotos los terrones;
pliego de papel de estraza.
con transversales renglones.

Pero don Antonio otra vez:

... Detrás de la ventana, la estepa de Castilla
Doraba el sol la cresta morena de la cumbre...

Sería preciso mayor espacio para, detenidamente, ver qué ha puesto el propio Alcaide, sin influencias, en ese su primer libro. Mas, de cualquier manera, con influencias de vanguardia o con ecos de lo que podemos empezar a considerar clásico, un mismo amor: su Mancha.

Su Mancha, de la que, para colocarle en esa hilera de hormigas que es todo escalafón, le arrancan. Y en Galicia, durante tres largos



ALBUM EXTREMEÑO: Cuadro original del *Divino* Morales que se conserva en la sacristía arciprestal de Rocamadour, de Valencia de Alcántara

años de preñadas nostalgias, siente cuán dentro de su corazón lleva a su amada tierra. A la que ofrenda, por entero, su segundo libro, con este nombre: *Llanura*. Así, sencillamente, la portada. Y aquí deja, crispado de imágenes, un paisaje inmediato, limitado, vecino, a lo Machado; pero—esa doble tendencia aun—con estilo garcilorquiano:

Vuela en el cobre del barbecho arado,
vientre fecundo donde el pan germina,
cual proyectil de polvo disparado,
la blanca senda a la ciudad vecina.

Alcaide ha usado infinitas maneras de definir un mismo motivo. Veamos:

Falsilla de cobre el haza...

es decir, papel con líneas paralelas;

En la pana de los campos...

el campo, arado, es una pana de cordoncillo;

Zurce con rejas de arado
la arpillera de sus hazas...

el labriego de la mancha bina sus campos.

Pero no es cosa de irnos deteniendo en cada motivo que Alcaide ofrezca a lo largo de sus siete títulos dados a la estampa. No disponemos de espacio, y nos acucia la impaciencia por justificar el título bajo el que estas líneas se agrupan.

EL POETA, VOZ DE SU TIERRA

Ya hemos visto cómo interpreta el paisaje. Pero eso pudo haberlo hecho en cualquier otro lugar geográfico del mapa de España. Más tiempo en Galicia, y Galicia hubiese ocupado sitio extenso en sus páginas. Que no tendrían, es cierto, la fuerza que tienen. Porque no hay que dejar de lado esta verdad: el poeta es poeta porque lo es, pero influye mucho el medio, el paisaje, en cómo lo es.

En Galicia, a donde le llevaron, Alcaide hubiese sido un poeta melancólico, lleno de congoja y *saudade*, en lucha consigo mismo, peleándose en su interior su forma de sentir y ser, y su amor, su incurable amor, por su Mancha. Pero no hubiese sido el angustiado poeta que es, áspero, apasionado y violento.

Y no es que la poesía salga así de Alcaide porque tal se empeñe en hacerla para hacerse, a su vez, digno de la tierra donde él nació y donde ella le va naciendo, sino porque así es él. Que, no pudiendo resistir la lejanía, corrió, atraído por dos amores: el de su madre; el de su Mancha.

Y ya le tenemos aquí de nuevo, aquí para siempre, afincado, como un árbol—uno de los pocos árboles—en el paisaje que antes in-

terpretara. Pero no ya siendo espectador. Lo telúrico tiene tal fuerza que toma carne en él, y por él comienza a hablar.

Y, así, en *Poemas de la cardencha en flor*—raro título ¿verdad? Miele y espinas—podemos leer:

Pienso en mi sed, Señor: mi sed de todo.

La sed cuida el agua, y Tú me riegas.

Pero si Tú te cansas, si te niegas.

¿qué va a ser de mi cielo y de mi lodo?

Si de esta sed de sed donde me acodo,

secando mi soñar Tú me despegas,

ya no podrán mis páramos ser vegas:

se habrá secado el charco, y no habrá modo.

No tendré ni una flor que me desclave,

ni un sapo que remueva mi delito,

ni el jabón de una estrella que me lave.

¡Señor. Señor, tu lluvia necesito!

Quiero nutrir mi sed, que no se acabe...

¡No quiero verme en bloque de granito!

La Mancha, la reseca Mancha, con los cauces de sus ríos para nidos de tábanos, que suplica.

Pero dice más:

Los surcos de mi carne me han crujido

con un dulzor de siembra a diente y beso.

Dentro del corazón me preña el peso

de un grano de cebada bien prendido.

Ya habré de ser la espiga de un latido

que, preso en mí, creciendo, me hará preso.

Sólo querré su troje—piedra y yeso—

para aplacar mi gozo y ser comido.

¡Siempre su pasto ya! Carne regada

de un cielo en invivir. Trágica flecha

que tira del terrón, de tan granada...

—¡Señor, Señor, mi espiga más derecha!

¡Vigílamme este grano de cebada!

¡No puedo ya ser más que su cosecha!

Y hasta cuando el poeta, en una invocación, sobre

esta rosa de hueso

que forma mi rodilla...

pide para él, le tiembla en la voz el eco de la tierra.

Tanto amor me has sembrado,
que hasta tengo perdón para el que he sido.

¡Qué gozo haber llorado!

Mis surcos me han bebido,

y de un rico tempero se han vestido.

¡Nunca ya, Madre mía,

se asfixie mi trigal de avena loca!

¡Nunca jamás, María!

¡Tócame siempre, toca

constantemente el aire de mi boca!

Y, con ansias de ser fruto:

Dame, Señor, la gracia de la espiga:

templarme a todo viento, abrirme en granos,

molturarme en dolores cotidianos

y amasarme en artesas de fatiga.

Mi tostada corteza y blanca miga

no entienden de manteles ni de manos.

En hambre y soledad, todos hermanos:

lo mismo quien me niegue y quien me siga.

Madure en realidad tu llamamiento.

Llegue a ser más: ¡tu carne! Y mi alimento

por boca de tu amor se desmorone...

O en gozosos tiznajos de cariño,

me muera por la cara de algún niño,

si Tú mandas, Señor, que me atizone.

YA OTRO POETA

Pero no penséis que sólo hay ese pintor de paisajes o ese intérprete de la voz sedienta—clamor y angustia—de su tierra.

Sabe decir:

Si preguntáis al aire que quién es ese amigo

que le llena de música su caracola azul,

os dirá con perfume de manzana en la boca:

—¡Alegría! ¡Alegría! ¡Se llama Juventud!

O:

Y cuando en sus angustias te llamen sus trompetas

y te besen las novias queriéndote seguir,

se como un tigre herido: tigre de acero y brasa...

¡y un poco de jazmín!

Esto es: brusco como el hombre... y suave como el poeta.
Y sabe ser sincero cuando ofrenda a Gabriel Miró:

Dentro ya de muy poco me quedaré parado
con la rosa del aire congelada en mi aliento.
No tendrán más remedio que forzarme el costado:
prisionero en mi carne llevo mi testamento.

Y demos, para final, dos muestras de este otro tema que la Mancha, y, más concretamente, Valdepeñas, ofrece al poeta en su vendimia:

Llegó Dios y cortó. Busquéme arrimo.
Rodé por el lagar. Manché mi frente.
Ya soy llama de un mosto en el relente
de un vaso que me doma con su mimo.

Dos uvas me quedaron del racimo,
dos uvas que se pasan dulcemente.
De mis ojos de ayer, ya solamente
dos recuerdos de agraz que empolvó el limo.

Fermento en fuerte hervor; pero me apago.
La tinaja del aire en donde yago
sé que quiere rajarse y no se raja.

Tú tan sólo, Bondad, puedes salvarme:
quítame cuanto pueda avinagrarme...
¡y hazme un cáliz de amor de mi tinaja!

Sea la última este otro «soneto de la tinaja al bebedor» de su *Trilogía del vino*:

El mosto es feto de mi vientre, y crece.
Nace en los gritos de la espita, y quema.
Por tí tonel minero, se hace gema,
gema de amor que por amor padece.

Termómetro del dedo, en él se mece
y abre un clavel de gozo por su yema.
Copla de mano a boca. Y más: diadema
de la boca a la sien, donde fenece...

Barro hermano de Aldonza, carne mía.
yo brindo en mi Toboso la alegría
de un bárbaro Velázquez, vaso a vaso.

Vente, buen bebedor, queda conmigo:
reclina bien tu sed sobre mi ombligo,
depúrate el volar... y enreda el paso...

CÁSTULO CARRASCO

MOMENTO DE VIDA

(CUENTO)

Por JESÚS DELGADO

“Si yo viniese de otra vida, procedo, sin duda, de alguna planta. De una planta de esas que se pegan a eternidades en la piedra. He gozado siempre de los rincones oscuros, donde quedaba hecho sombra húmeda, musgo. Era frecuente encontrarme en un rincón de la iglesia gozándome una humildad enfermiza, con escalofríos, llena de un cierto miedo donde el placer me resbalaba como agua por tejado.

Yo oía decir a mi madre: «este niño es un santito, donde lo pones se está»... «Y, se duerme el pobrecito, siempre en los rincones». A mi padre le quedaba otra por dentro: «este hijo mío está enfermo, ¡caray!, vaya si me gustaría que fuese travieso!»

Apenas tenía yo quince años cuando mi mayor entretenimiento—mi único, a decir verdad, entretenimiento—era soliquearme, si, la soledad ha sido todo para mí. Mi egoísmo y mi «novela». En ella he crecido sin dejar de pertenecerme—por eso ahora me parezco tanto a los retratos de mi infancia—llevando el tiempo fajado y justo.

Soñaba en dirigir orquestas fabulosas que hacían temblar de emoción a muchedumbres de selectos. ¡Cuántas veces saludaba después de una sinfonía sin par, desde el escenario al entusiasmo fervoroso del público? ¡Qué se yo! Otras veces me creía general que ganaba batalla tras batalla. Parece mentira que un chico bueno, como decían que era yo, se regodease entre ríos de sangre y montones de cadáveres de mis enemigos. Llegaba, a mi sueño, el triunfo y yo era el eje, el centro de la «Marcha triunfal», de Rubén Darío. Hasta torero que hacía a los toros faenas inverosímiles de garbo y esplendor. Y futbolista, y qué se yo cuantas cosas me pensaba...

Veinte años tendría cuando murieron mis padres, adquiriendo plena libertad mis movimientos, mis acciones. He pasado noches enteras en un castillo abandonado sintiéndome caballero, peregrino, pordiosero e, incluso, bruja. (Yo hubiese sido un gran novelista). En cierta época me dió por convertirme en fraile y entre las ruinas de un monasterio me rezaba constantes «morir habemos», paseando cada rayo de luna, cada sombra, cada segundo de tiempo. Conversaba con la araña, con el sapo, con el ciprés. Muchas cosas han dicho los poetas del ciprés. Desde que era el dedo que impone silencio hasta que era el lápiz del paisaje. Yo lo tomaba como llave de la tierra, como la llave de la sepultura. Mis manos—me preocuparon siempre mis manos desde que un día las encontré extrañas—acariaban la piedra como lagartos; a las yerbas, la besaban, se cruzaban ante mi pecho.